

---

# La educación y la izquierda. El gran enigma

INGER ENKVIST\*

**E**N este artículo se van a examinar las contradicciones de la izquierda en el tema de la educación con especial referencia a Cuba. Es difícil entender cómo se puede, a la vez, admirar a la educación cubana y proponer políticas educativas diferentes en Occidente. El caso cubano es también interesante por la conexión que vemos entre educación y dictadura. Para la izquierda, el pensamiento parece ser que «la dictadura es mala, pero si es de izquierda o de un país del tercer mundo no es tan mala». No se la suele defender pero tampoco criticar, lo que corresponde a una aceptación tácita: «Llegar hasta la dictadura es un poco exagerado pero si es para un buen fin...». Durante muchos años hemos oído que «claro, es difícil apoyar a estas alturas al régimen de Castro, pero mira cómo están los otros países de la región y mira lo que Castro ha hecho en materia de salud y educación.» Durante los últimos diez años, llama la atención más bien el silencio a propósito del tema, probablemente porque, al cesar la ayuda soviética, ha disminuido la calidad la educación pero la dictadura sigue en pie.

## LA IZQUIERDA PEDAGÓGICA OCCIDENTAL

Los pedagogos occidentales no suelen jurar más que por el constructivismo. En su variante pedagógica, el constructivismo dice que el alumno no puede aprender de algo que viene de fuera sino que todo aprendizaje debe basarse en el propio alumno, sus conocimientos anteriores, su voluntad de aprender y sus intereses. Si el alumno no quiere aprender, si no se interesa por la materia y por el método de aprendizaje propuesto, no aprenderá. De esta posi-

---

\* Inger Enkvist (inger.enkvist@rom.lu.se) es catedrática de español en la Universidad de Lund, Suecia, y autora de *La educación en peligro*, Madrid, Unisón, 1999.

ción se ha extraído la idea de que el aprendizaje debe ser divertido. Otra idea es que el alumno es y debe ser su propia autoridad en materia de aprendizaje. Nadie sabe como él mismo lo que le gusta. Ya que no les gustará nunca a todos los alumnos lo mismo a la vez, se hace imposible tener pruebas y exámenes y ni siquiera se pueden dictar clases a la manera tradicional, porque un profesor no podrá explicar nunca nada a un grupo cuyos integrantes quieren cosas distintas y así las explicaciones del profesor «estorban». El nuevo papel del profesor es, al contrario, el de ser un facilitador, alguien al que se puede consultar. Esta posición entronca bien con lo anterior porque no exige que los alumnos tengan un nivel previo para estar en cierto grupo. Ya que todos trabajan en lo suyo, no se necesita coordinación.

Esta tendencia se combina con otra que sostiene que los conocimientos poseen menos importancia hoy que antes a raíz de la velocidad con que cambian las cosas en todos los terrenos. En vez de concentrarse en la adquisición de conocimientos básicos, ahora despectivamente llamados «escolares», el alumno debe aprender técnicas para manejar un ordenador, encontrar datos y presentarlos.

Como se ve, para esta ideología pedagógica no son importantes ni las materias ni los niveles alcanzados en las materias y, por eso, pierden también importancia los docentes, especializados en las asignaturas. Lo que se solía denominar enseñanza consistía en impartir cierta materia a un grupo con determinada madurez y preparación. Ahora es hegemónico el «pedagogismo» que cree que la tarea del docente es estar en un aula, apoyando las actividades iniciadas por los alumnos. No sólo se rechaza la idea de la importancia de los conocimientos, sino también de las exigencias, de la autoridad del docente y de las reglas de conducta así como las referencias a una cultura compartida.

## EDUCACIÓN EN CUBA

*Imagen joven.* Nos referiremos primero a la imagen proyectada de la educación cubana desde la revolución en 1959 hasta la caída del comunismo en la Unión Soviética y el fin de las subvenciones rusas a Cuba. Esta imagen es «joven» y evoca el futuro, y en las fotos y los carteles hay edificios escolares recién construidos y grupos ordenados pero alegres de alumnos con uniformes. Los escolares son un elemento recurrente en la propaganda,

unos extras muy utilizados para dar una idea de futuro. No se proyecta la idea de la educación como cultura o refinamiento sino como el inicio de una nueva era en la que se empieza desde cero con nuevos seres, no «contaminados» por la sociedad anterior.

*Imagen de un orden casi militar.* Los estudiantes llevan uniformes de tipo político, y con esto se subraya que no estudian porque quieran desarrollar un talento particular o porque en su familia se valore especialmente la cultura y la educación. Estudian porque éste es el plan del Estado. Aprenden en grupo lo que ha decidido el Estado que deben aprender. Cuando hay un acontecimiento político importante, se llama a diferentes grupos de escolares para que hagan de decoración de fondo.

*Imagen tecnológica.* Las materias a las que se da énfasis son las tecnológicas. Los alumnos deben ser preparados para el futuro que, a su vez, se concibe basado en la tecnología. Materias como lengua, historia, literatura, las típicas materias humanistas, miran hacia el pasado y quieren aumentar la comprensión del mundo del estudiante, y esto no se considera tan importante o posiblemente se ve como desaconsejado. Se da prioridad a lo útil. La idea del hombre en la que se basa esta visión es la de «homo faber» más que de «homo sapiens sapiens».

*Imagen nacionalista.* A través de ceremonias, fiestas de tipo político, himnos y banderas se enaltecen los valores nacionales, el orgullo de ser cubano y de vivir en una sociedad revolucionaria.

*Democratización de la educación.* Se hace mucho hincapié en que hay educación para todos, lo cual se presenta como una democratización. En el caso de Cuba hay que subrayar que el país tenía uno de los niveles más altos de alfabetización en América Latina ya antes de la revolución, lo cual no se suele recordar en la propaganda. También hay que decir que se trata de democratización sólo en el sentido numérico pero que el término no incluye, en este caso, otras posibles interpretaciones de la palabra, asociadas a la libertad de conciencia y elección.

*Autoridad, no cuestionamiento.* La escuela es el agente social dedicado a formar la conciencia de los jóvenes ciudadanos. La autoridad de la escuela y, detrás de ella, del Estado y del partido, no se pueden cuestionar en ningún momento. Se da autoridad a los docentes, representantes del Estado. Claro que éstos están siendo controlados a su vez. Para poder seguir estudiando, el alumno no sólo tiene que cumplir ciertos requisitos en cuanto a los conocimientos sino que también tiene que ser irrefutable desde el punto de vista político.

## ENIGMA

La izquierda europea y estadounidense no se da por enterada de la imposibilidad de Cuba de mantener su nivel educativo tras el retiro del apoyo económico soviético. En otras palabras, la Cuba de Castro no ha podido costear ella misma esta educación de la que estaba tan orgullosa sino que claramente era un «regalo» de Moscú, una parte de los gastos de propaganda. El nivel alcanzado en la educación no ha sido una consecuencia de la bondad de la revolución sino de la buena voluntad de Rusia.

El segundo enigma es que la izquierda occidental, que siempre ha hablado con admiración de la educación en Cuba, ha impuesto en sus propios países una educación muy distinta y en algunos puntos se podría decir opuesta. ¿Cómo entender esto?

## EDUCACIÓN EN EUROPA Y EE.UU.

*Democratización de la educación.* Los países occidentales han tenido una escolarización obligatoria desde por lo menos cien años y en muchos casos desde casi 200 años. En este sentido, la democratización ya es un hecho y desde hace mucho tiempo. Sin embargo, a partir de las décadas a mediados del siglo XX, se da otro paso más con una prolongación de la escolaridad obligatoria y una unificación de las diferentes ofertas educacionales. Hay consenso político en cuanto a lo deseable de elevar el nivel educativo, pero la izquierda puja por utilizar la escuela al mismo tiempo para aumentar la igualdad social, manteniendo a todos los jóvenes dentro de la misma estructura, la llamada escuela comprensiva. Esta segunda ola occidental de democratización supone por eso una clara tensión entre conocimientos e igualdad social. En muchos casos, llega a ser más importante el igualitarismo que la elevación del nivel de conocimientos.

*Imagen joven.* Ya que los padres de los jóvenes son votantes, los políticos quieren darles lo que les hace ilusión: el título de graduado escolar o de bachiller para sus hijos. También quieren dar a los jóvenes lo que éstos reclaman, y la actitud podría ser cada vez más de consumo. Si la educación se ve como mercancía política, el contenido no importa mucho, sino que lo esencial es la imagen, el nombre y la ilusión. Puesto que podría ser difícil lograr que todos estudien, se cambia la orientación de lo que ahora cada vez menos se llama «estudio», prefiriéndose el término de «trabajo escolar». La introducción de

la informática, la pedagogía de lo lúdico y el trabajo en equipo, todo esto quiere transmitir la idea de lo joven, de lo nuevo, de una escuela preparando para un futuro del que no sabemos nada pero que será «joven». La escuela se ve como un lugar de trabajar y, con estar allí participando de las actividades propuestas, el joven ha cumplido los requisitos. Sobran los exámenes.

*Autoridad, no cuestionamiento.* Uno de los rasgos más llamativos de la educación en Europa occidental y en EE.UU. es que la autoridad de los docentes ha sido minada cada año más. El igualitarismo educativo ha venido acompañado de un pronunciado rechazo a la autoridad. Las pedagogías en boga recomiendan que todos los alumnos deban estar en las mismas aulas sin que haya exigencias de rendimiento escolar previo. Todos los alumnos deben tener derecho a cuestionar la enseñanza, a dirigir su propio trabajo y evaluarlo. Se habla más de adquirir la costumbre de cuestionar que de aprender.

*Imagen tecnológica.* En varios países de Europa occidental y en los EE.UU. había un excelente nivel de matemáticas y de ciencias naturales por ejemplo alrededor de 1950 y 1960. Desde entonces, y a pesar de que los gobiernos hablan frecuentemente de la importancia de la tecnología para el futuro, en la práctica, el igualitarismo ha sido más fuerte que el afán de ofrecer una buena formación en ciencias naturales o una formación orientada a asegurar al país una mano de obra calificada en estas materias. Ya que no todos los alumnos pueden con las matemáticas, la física y la química, estas materias se estudian menos y muchas veces en niveles más bajos. Lo que sí se subraya es el saber servirse de un ordenador, concebido esto como un conocimiento práctico.

*Imagen nacionalista.* La ideología del día es el multiculturalismo, una ideología contradictoria que dice que todas las culturas valen por igual y que cada persona tiene derecho a vivir dentro de su propia cultura. Esta ideología es extremadamente negativa para la educación porque viene a decir que no hay ninguna razón para estudiar su propia cultura porque no vale más que otras, y además, el estudiar tu propia cultura podría interpretarse como un acto hostil frente a otras culturas, igual de valiosas por definición. Como no se pueden estudiar todas las culturas del mundo, no es muy interesante estudiar sólo alguna que otra porque la elección siempre será fortuita. Las materias que más han perdido con esta nueva ideología son las humanidades. La situación hubiera podido llevar a un aumento de interés por las ciencias naturales, pero el igualitarismo ha impedido un desarrollo de este tipo.

*Imagen de un orden casi militar.* En Europa y en los EE.UU., los pedagogos suelen rechazar el uso del uniforme. En general, sólo los colegios priva-

dos los usan y, más que sugerir una idea militar, estos uniformes suelen dar una idea tradicional de la educación. Son muy frecuentes las prendas de tejido de tipo escocés. En los colegios públicos, los adultos no se atreven a opinar sobre la ropa de los jóvenes, pero, curiosamente, se pueden observar también ejemplos de un «código de vestimenta», en este caso impuesto por los propios alumnos. En algunos barrios, hay una presión para usar ropa de marca, algo que resulta muy caro para los padres. En otros barrios, los alumnos acuden vestidos como estrellas del rock de apariencia agresiva, con gorros, pantalones con tachuelas de metal y con agujeros y jerseys que no cubren el estómago. Es decir que la escuela permite una vestimenta de connotación violenta y antisocial. Bastantes jóvenes podrían dedicar más tiempo a su imagen exterior, su «proyección», que al contenido de los estudios, invisible.

#### RAÍCES IDEOLÓGICAS

¿Cómo es posible que dos realidades tan distintas como el ejemplo cubano y el pedagogismo puedan ser reivindicadas como «de izquierda»? Una manera de empezar a desentrañar el misterio es volver a la definición marxista del concepto de ideología. El marxismo habla de una diferencia entre la realidad que vemos, a la que denomina superficial, y otra profunda, que sería la verdadera realidad. Si los docentes o los padres en Europa o en los EE.UU. se quejan de que los alumnos no aprenden, la respuesta del pedagogismo es que: examinado el aprendizaje «profundamente» sí aprenden, pero «otra cosa».

El marxismo ve con suspicacia lo que se presenta como verdad. Considera que lo que percibimos podría estar «contaminado» de la perspectiva social y cultural de cada uno y que, por eso, hay que rechazar esta versión por otra, más profunda, considerada científica. Esta visión lleva a pensar que lo que en la sociedad se presenta como «científico» en realidad es ideológico y que podía representar la versión «del enemigo». Al revés, lo que los marxistas y sus herederos ideológicos presentan como científico es criticar lo que «los otros» llaman científico, lo que se suele llamar «aprender a pensar de manera crítica».

Con esto se crea una situación sin salida. Esta visión equivale a decir que no hay manera de ponerse de acuerdo sobre lo que es o no científico. Siempre se hablará de diferentes versiones, se negará la posibilidad de la objetividad y se cuestionará la científicidad de la ciencia. Se cae en el puro relativismo

y, de esta manera y con la ayuda de la «ciencia», se llega a sostener que todo en nuestro mundo es política. «Tener razón» viene a ser lo mismo que tener el poder de decidir lo que va a ser considerado verdad. El poder permite imponer su propia versión de la realidad como la única y verdadera realidad.

Con esto hemos vislumbrado varias razones para desear implantar el pedagogismo. Se considera escasa la importancia de los conocimientos dado que no serían verdaderos conocimientos sino simples aproximaciones y además aproximaciones impuestas por diferentes grupos de poder, grupos «burgueses», se entiende. En estas condiciones, saber más no es necesariamente mejor que saber menos. Si los conocimientos son inútiles, ¿por qué esforzarse para saber más? Saber más podría significar estar más marcado por la ideología burguesa. Al adquirir más conocimientos, el alumno podría convertirse en alguien que podría, a su vez, imponer ese poder recientemente adquirido y así perpetuar una dominación que debería abolirse. Por eso, el pedagogismo no quiere privilegiar los estudios sino «la vida». También se entiende así el énfasis en enseñar «valores». No se trata de los valores del conocimiento sino una enseñanza que se hace en horas de enseñanza pero que un contenido totalmente ideológico. Se rechaza la enseñanza tradicional de la religión y se introduce la enseñanza de una «religión laica», definida por los pedagogos y los políticos, orientada hacia una crítica contra la sociedad, a la que se presenta como injusta, opresora y no respetuosa en una serie de temas. Así el pedagogismo se convierte en una antiescuela y hemos llegado, curiosamente, a una situación en la que hay, pagadas por los contribuyentes, personas que recibe un salario para enseñar sin que estén realmente ansiosas de transmitir conocimientos. En resumen, las relaciones entre diferentes polos dentro de este pensamiento podrían ser:

OBJETO	PENSAMIENTO	POLÍTICA	CONOCIMIENTOS	PEDAGOGÍA
apariciencia	ideología	burgués	saber más	estudios
ciencia	esencia	proletario	saber menos	vida <sup>1</sup>

#### EL PEDAGOGISMO Y LOS MOVIMIENTOS POLÍTICOS

Es sabido que en muchos países comunistas era imposible acceder a la universidad si los padres habían sido universitarios, sospechosos de ser enemigos de la clase obrera. El movimiento histórico que ha llevado más lejos este pensamiento es el maoísmo durante la revolución cultural, que

1. Este esquema está inspirado en el de Trias (1969).

supuso una priorización de lo joven y de lo inmediato, un desprecio por el conocimiento organizado visto como opresivo y un rechazo total a toda autoridad y en primer lugar a la autoridad de los docentes. Como se sabe, la revolución cultural significó un enorme retroceso que puso a la sociedad china al borde del caos total. China ahora califica de criminales a los impulsores de aquella «revolución», y se admite que las campañas fueron lanzadas para aumentar el poder personal de los dirigentes en cuestión. Este periodo histórico aparece descrito desde una perspectiva española en *El archipiélago de Orwell* de Mercedes Rossúa (2001).

Los jmeres rojos en Camboya, más maoístas que el propio Mao, eliminaron físicamente y sin rodeos a todos los que parecían tener conocimientos, calificándolos como enemigos del Estado. Según muchos testimonios, era suficiente llevar gafas para ser considerado un intelectual peligroso.

Podemos comparar esa situación con lo descrito en la famosa novela de George Orwell *1984* en la que el Estado totalitario controla a los intelectuales a través de la «policía del pensamiento». Lo que hemos aprendido durante los últimos diez años de la KGB soviética y de la Stasi de Alemania Oriental muestra que Orwell había entrevisto lo que podía suceder. Curiosamente, mientras que Castro ha elegido el camino de Orwell, los pedagogistas en general han elegido el de Aldous Huxley, el de la desmemoria, descrito en *Un mundo feliz*. Ya que la cultura es un instrumento para pensar por su propia cuenta, se impide en el mundo narrado que los ciudadanos tengan acceso a demasiada cultura, en particular la historia y la literatura. En vez de educarlos, se les «condiciona», se les inculca unas consignas que repiten de manera automática sin entender por qué son llevados a reaccionar de esa manera.

El constructivismo ha sido presentado como una teoría científica, y así ha logrado establecerse en la Universidad. Obviamente hay algo que no funciona con esta teoría. Con tantos pedagogos y tanta formación de docentes, los alumnos actuales deberían saber más que nunca, y ésa no es la conclusión que sacan por ejemplo los profesores universitarios.

En España, ¿qué se ve de todo eso? El personaje central en las reformas impuestas por la izquierda es Álvaro Marchesi, quien publicó en 2000 *Controversias en la educación española*, un libro en el que se ven ilustradas estas tendencias (2000). Se califica a sí mismo de progresista, sugiriendo así la existencia de otros no tan progresistas como él. Apenas habla de los conocimientos que deben adquirir los alumnos, lo cual es revelador. Tampoco reconoce que las reformas impulsadas por él y sus colaboradores hayan llevado a un aumento de violencia en las aulas. Califica de viejos y anticuados, de

«gerontocracia», a los que se atreven a decir que los alumnos antes sabían más. Su «técnica narrativa» consiste en mencionar los problemas, decir que son difíciles y terminar descalificando a las personas que afirman que se podrían resolver, por ejemplo ofreciendo especializaciones diferentes e introduciendo exigencias en cuanto a la conducta. Marchesi no quiere que se evalúe el nivel de conocimiento de los alumnos porque, según él, sólo llevaría a más competencia entre los alumnos. ¿Cómo puede saber que su modelo es eficaz si se niega a medir los resultados? Marchesi no se formularía esa pregunta porque, para él, la meta no es el aprendizaje sino la igualdad social.

Como reflexión final se podría añadir que estamos frente a una mística social que quiere «construir» un nuevo hombre, con menos conocimientos pero con actitudes más igualitarias. Los movimientos que han tenido esta meta siempre se concentran en la educación de los jóvenes, pensando que los adultos «están perdidos para la causa». Vale la pena detenerse a considerar lo antidemocrática que es esta tendencia, pues los jóvenes educados de esta manera, cuando sean adultos, no tendrán oportunidad de elegir una manera de vivir y de votar, porque carecerán de conocimientos e instrumentos intelectuales para vislumbrar alternativas. Imponer la desmemoria y promover el entretenimiento vacío es una variante no sanguinaria, *light*, del lavado de cerebro. Es la realización de *Un mundo feliz*.

## ENIGMAS

- ¿Cómo es posible que los ciudadanos europeos y estadounidenses no adviertan que los enfoques propuestos por el pedagogismo tienen más en común con los de los regímenes totalitarios que con los de una sociedad desarrollada y democrática?
- ¿Cómo puede la izquierda defender el modelo cubano y, a la vez, apoyar a los pedagogos constructivistas? ¿Creen que todos los caminos hacia la igualdad son igualmente eficientes, o que da igual si se elige la dictadura o el pedagogismo?
- ¿Cómo es posible que los diferentes gobiernos occidentales dediquen esfuerzo y dinero a prepararnos para «la era de los conocimientos y de la información» pero no revisen los principios sobre los cuales los pedagogos están organizando los sistemas escolares?

### BIBLIOGRAFÍA

Marchesi, A. (2000): *Controversias en la educación española*, Alianza, Madrid.

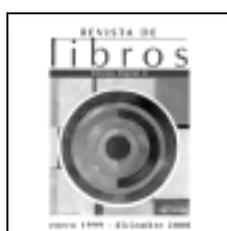
Rossúa, M. (2001): *El archipiélago de Orwell*, Unión, Madrid.  
 Trias, E. (1969): *La filosofía y su sombra*, Seix Barral, Barcelona.

# III CD-ROM de Revista de libros

Con el contenido completo de los números  
49 (enero de 2001) al 72 (diciembre de 2002)



I CD-ROM  
n° 0 (diciembre de 1996) al  
n° 24 (diciembre de 1998)



II CD-ROM  
n° 25 (enero de 1999) al  
n° 48 (diciembre de 2000)

**Puedes conseguirlo gratis:**

- Si renuevas tu suscripción.
- Si te suscribes por primera vez.
- Si regalas una suscripción a un amigo.

[www.revistadelibros.com](http://www.revistadelibros.com)

## Imperialismo y nacionalismo en Cataluña»

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO

Enric Ucelay-Da Cal  
*El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó,  
 D'ors y la conquista moral de España*  
 Edhasa, Barcelona, 2003

Del mismo modo que en otros países europeos, la historia contemporánea de España ha estado sometida a fuertes tensiones y a no poca violencia. Lo que se ha llamado, con indudable acierto, divisiones históricas básicas, condicionaron el transcurso del siglo xx y explican, en gran medida, lo mucho que ha costado construir y asentar de forma duradera y estable un régimen democrático basado en el liberalismo constitucional.

Los orígenes de esas divisiones históricas, sus causas y los diferentes discursos ideológicos a ellas referidos, siguen siendo motivo de investigación entre los historiadores. Pero de todas ellas hay una, la que se refiere a la organización territorial del Estado, y en definitiva, al problema de la naturaleza y sentido de España, que se ha convertido en un tema recurrente. Es comprensible y saludable que problemas presentes animen estudios históricos, pero debemos estar prevenidos cuando ese interés se traduce, como ha ocurrido algunas veces, en un estudio teleológico del nacionalismo, lo que muy bien puede observarse en algunos libros recientes que han reeditado la consabida tesis del fracaso español, pero analizada desde el criterio, confuso y discutible, pero muy socorrido y popular, de la débil nacionalización española. La importancia del estudio del nacionalismo no debería hacernos olvidar que durante el siglo xix y una parte del siglo xx ese no fue, a pesar de su importancia, un tema tan decisivo como puede parecerlo desde nuestro presente, o no lo fue, cuanto menos, en comparación con otros aspectos relacionados con la organización política de la libertad y del pluralismo.

No obstante, los historiadores siguen prestando una atención prioritaria a la cuestión de la forma y sentido de España. De esto mismo se ocupa, desde un plante-

amiento cuanto menos chocante, el libro de Enric Ucelay, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, autor muy prolífico y destacado estudioso del nacionalismo catalán. Se trata, como nos dice en el mismo prefacio, de un estudio «dedicado a la interacción entre españolismo y catalanismo entre 1887 y 1917», que «argumenta» que «el nacionalismo catalán [fue], en la realidad, una propuesta para un nuevo nacionalismo español (o mejor, hispano)».

Ambicioso, profuso en extremo, cargado de citas –escrito «desde los datos», dice el autor–, con un lenguaje complejo que muchas veces se torna imposible, el libro que ha escrito Enric Ucelay es un trabajo de «crítica literario-política» de dos ideas, la de unidad cultural y la de imperio, cuyo objetivo es demostrar, contra opiniones casi canónicas, que hasta ahora no se ha entendido bien –o no se ha querido entender– el origen y el discurso del catalanismo político de la Lliga. En estas dos últimas décadas se ha construido una «ficción» en torno a la ideología original de la Lliga, que explica ésta en clave fundamentalmente catalanista, cuando en verdad, dice el autor, «el juego regionalismo/nacionalismo» estuvo siempre en la «dimensión hispana».

Puesto que no son pocos los libros sobre el nacionalismo catalán –quizá demasiados–, no es poca la información y las interpretaciones que tenemos sobre el mismo. Sabíamos que a finales del siglo xix y hasta la Gran Guerra, se articuló, primero de la mano de Prat de la Riba y más tarde con Cambó al frente, un catalanismo político. Partía, como no podía ser de otro modo, de un principio sagrado: el reconocimiento de la nación catalana; y tomó forma con elementos afines al regeneracionismo y, por tanto, con un discurso de demolición de la idea de España, en el que estuvo presente la imagen típica de una España atrasada, desmarcada de Europa y paralizada por la corrupción y la mentira.

También sabíamos que el proyecto catalanista de Prat, construido, como casi todos los nacionalismos, sobre la base de un odio visceral al individualismo liberal, era, además de conservador, realista. O lo que es lo mismo, tenía una dimensión española que hacía del mismo un proyecto desde Cataluña para regenerar España –o refundarla, si se prefiere–, siempre desde el fundamento histórico de que los últimos cinco siglos de

historia española habían sido un error y un fracaso. Con Cataluña al frente, como guía y como modelo, Madrid, Castilla y el resto de la España rural y atrasada, podría acceder al camino que los catalanes habían empezado a recorrer: podría, en fin, llegar donde los catalanes habían llegado ya, hasta convertirse en una nueva España aceptable para la nación catalana —¿una España catalanizada?—.

El libro de Ucelay, cuyo interlocutor principal parece ser casi siempre la historiografía nacionalista catalana, incide en esa dimensión «hispana» del primer catalanismo de la Lliga, y le da forma mediante la idea de imperio. La irrupción de la Lliga en la política española en el cambio de siglo habría tenido un eje clave: rediseñar España. Los catalanistas, con Prat al frente, propusieron una nueva España sobre la idea de imperio. Era, según Ucelay, una idea original en el panorama español pero en nada ajena a la realidad europea de principio de siglo, la Europa de los imperios coloniales, pero también la Europa de la monarquía dual austro-húngara. Y esa idea de imperio —y este es otro de los argumentos importantes del libro, el que permite además el largo ensayo final que es el epílogo—, habría resultado decisiva no sólo para la configuración ideológica del nacionalismo catalán de izquierdas, sino también para la derecha española y para la conformación de un nuevo españolismo imperial. «En resumen, para entender la radicalización del nacionalismo español hasta el punto de que rechaza su misma definición nacionalista y se proclama imperial, hay que mirar el silencioso y silenciado diálogo entre el catalanismo conservador y el españolismo que surgió desde que Prat de la Riba empezó su evolución ideológica y Cambó y D'Ors codificaron su mensaje «imperialista». Tal influencia —y sobre todo tal resultado— no interesaba a ninguna de las partes desvelar.» Sin olvidar, por otra parte, que con la llegada de la República, «a conveniencia de todos», la izquierda republicana catalana escondió la vieja idea imperial.

Es importante y, en mi opinión, uno de los aspectos más atractivos del libro, el análisis de cómo y por qué se habría producido una «absoluta» «pérdida de memoria» respecto de los orígenes «imperiales» del discurso ideológico de la primera Lliga: como lo es más todavía el hecho de cómo ese contenido olvidado podría haber servido de ingrediente en la configuración del discurso,

primero falangista, y luego franquista. Con todo, eso es sólo el final del libro, pues casi todo el volumen es un estudio del dilema que provocó en la Lliga la concreción de su original propuesta imperial y su entroncamiento con la evolución política española y europea, especialmente después de 1919, y más en concreto en 1931 con la irrupción del nacionalismo catalán republicano.

La Lliga creó un producto que daba satisfacción a una demanda de identidad y que al ser publicitado interaccionó con esa demanda, creando más. Pero el producto era, como señala Ucelay, «impreciso». Y además, chirriaba en dos frentes: primero, en su idea de «unidad cultural», con la lógica y necesaria diversidad de la sociedad catalana; y segundo, en su idea de «imperio», pues la evolución política de Europa tras la Primera Guerra Mundial y la misma política española a partir de 1917 lo pusieron en evidencia. En fin, que el producto era pobre, tanto que la Lliga no pudo ofrecer nada más que el disfrute del anuncio. Y así, acabó viniéndose abajo en «su huida hacia delante». En resumen, el catalanismo gestado por Prat de la Riba, gestionado por Cambó y perfilado por D'Ors, fracasó en su primera empresa publicitaria, la de la concepción imperial de España. Pero tuvo éxito en su segunda empresa, la de la «unidad cultural», resultado de la cual fue el fortalecimiento de una identidad catalana que perdura hasta hoy. De este modo, la existencia de dos nacionalismos enfrentados, uno «imperialista» y «opresor», y otro de «liberación nacional», que es «el esquema habitualmente propuesto por el catalanismo más o menos actual, elaborado bajo la égida pujolista», no serviría —a juicio de Ucelay— para entender la Lliga, que habría sido «ambas cosas a la vez».

---

## El mito de la izquierda

JOSÉ MANUEL ROMAY BECCARIA

Gustavo Bueno  
*El mito de la izquierda*  
Ediciones B, Barcelona 2003

En su último libro *El mito de la izquierda*, Gustavo Bueno ha dado una prueba más de su frescura intelectual, de

su juvenil inquietud por estar al corriente de todo lo que se publica sobre los temas de que se ocupa y de su envidiable sentido de la independencia. Expresa y defiende las opiniones en las que cree sin importarle mucho lo que puedan pensar los «amigos» que pudiera tener por creerle «encasillado» en una determinada escuela de pensamiento.

*El mito de la izquierda* es casi un enciclopédico análisis de la clásica división ideológica entre izquierda y derecha que Bueno enriquece desde su profunda formación filosófica.

La utilización de distintos criterios (lógico modal, lógico procedimental intencional y lógico procedimental extensional) le permite ofrecer una rica tabla de teorías sobre la izquierda, y, a su vez, las distintas combinaciones de su tabla arrojan como resultado hasta ocho modelos de izquierda.

No falta en el libro de Bueno la referencia precisa y sucinta a la posición sobre la materia de los pensadores políticos más relevantes en los últimos tiempos. Así, nos recuerda que para Rorty la izquierda es en Estados Unidos una «izquierda cultural» que ha logrado cambios importantes en la convivencia pública más que en la legislación. De Habermas nos dice que, en su opinión, parece volverse a la «izquierda libertaria» que se apoya más en la razón civil después del «exceso de Estado». Bueno no comparte la admiración de la izquierda española sobre la teoría de la justicia de Rawls y cree que es el autor americano, y no «los individuos elementales», el que se pone ante los ojos el «velo de la ignorancia» como si la racionalidad no fuese un proceso histórico. Y es que para Gustavo Bueno, la idea de izquierda política ha ido asociada al racionalismo. La ilustración levantó como bandera ideológica a la Razón, suponiendo que la Iglesia era irracional y supersticiosa. Es principalmente a través de este ataque a la Iglesia Católica como la Razón alcanza su conexión con la izquierda política.

La crítica de Bueno sobre las posiciones convencionales y acomodaticias en el tema del que se ocupa, no se hace esperar: «La definición de la izquierda por la Idea de la libertad —señala— es muy indeterminada y dejaría fuera a las izquierdas autoritarias y totalitarias.

La Idea de igualdad ha sido la característica más comúnmente utilizada como definición de la izquierda (es el criterio propuesto por Bobbio, según nos recuerda). También se ha utilizado la de la fraternidad, pero ésta es en sí misma un concepto metapolítico de límites indefinidos. La fraternidad es una característica de cuño religioso».

Ha sido, igualmente, práctica común —nos dice Bueno— el identificar los proyectos de la Izquierda como «progresistas». Esta equivalencia entre izquierda política y progresismo es, a su juicio, interesada y banal. Puede concederse que los proyectos transformadores de la izquierda tienen una intención progresista (orientados a la mejora de la sociedad) pero esa intención es subjetiva y no es un criterio para una definición real y objetiva. Ante todo porque también los ha asumido la derecha y sobre todo porque esas pretensiones no pueden confundirse con la realidad de las trayectorias respectivas. Determinadas pretensiones progresistas de la izquierda —añade Bueno— no son sino imprudentes y aun catastróficas o utópicas. Cabe hablar del progreso en cuestiones concretas pero no tiene sentido —a juicio de nuestro autor— hablar de un progreso en el curso de la historia de la música y es ridículo hablar de un «progreso global» como objetivo de algún partido político.

El repaso histórico que hace Bueno es también de interés. La gran revolución —nos dice— desmontó el orden feudal pero dio paso a un orden social y económico aún más injusto, el orden burgués, el de la explotación capitalista sin límites. Dio la libertad pero esa libertad sirvió para vender a la baja la fuerza de su trabajo. Dio la igualdad que abrió la puerta a las más agudas desigualdades entre las clases. ¿Dónde poner el principio de la fraternidad? Habría que reducirlo al principio de la solidaridad contra terceros.

La izquierda política que constituye la primera generación es la izquierda revolucionaria que tomó el nombre en la Asamblea francesa de 1789. La Revolución que esta izquierda impulsó en el terreno político fue el proyecto de racionalización de la sociedad francesa, organizada según las líneas del Antiguo Régimen, mediante su transformación en una Nación política republicana.

Los anarquistas constituyen una generación específica de la izquierda definida que se caracteriza por la negación de todas las demás izquierdas.

La izquierda socialdemócrata se asienta en el Estado como plataforma imprescindible para llevar adelante el proceso revolucionario de la transformación social. Por ello todo movimiento tendente a debilitarlo se verá irracional.

La izquierda comunista desde el principio se propuso la transformación revolucionaria y racional del Estado burgués imperialista en un Estado comunista que, a su vez, se orientaba hacia la transformación de los demás Estados, como fase previa para la «extinción definitiva del Estado». Stalin utiliza los conceptos de izquierda y derecha, tomando como parámetro la cuestión nacional. Las desviaciones de derecha están –según él– en aquellos que reconocen de algún modo las voluntades nacionalistas que surgían en el territorio de lo que sería la Unión Soviética.

Para el comunismo asiático, la situación de partida era distinta debido a la mayor proporción de población rural y la disparidad de actitudes propias de unos pueblos con pautas de conducta milenarias, y muy diferentes a las propias de la civilización cristiana occidental. La subordinación de la producción de bienes materiales extrasomáticos al Bien Supremo, y no menos material, de la comunidad humana, era su criterio. La Revolución cultural se movía en el terreno de la educación o moldeamiento de los individuos, como único método de llevar a cabo la transformación de «los ciudadanos» en «hombres» y los «hombres» en ciudadanos. Sus procedimientos fueron más duros que lo calculado y los resultados, desastrosos en el terreno de la cultura objetiva, fueron más visibles que sus logros. Ello hizo preciso el «golpe de timón» con Den Xiao Pin en 1977. El pragmatismo pasa a ser la norma de la política de la República Popular China (valoración de la necesidad de impulsar el desarrollo de una sociedad de más de mil millones de habitantes utilizando los recursos de las sociedades capitalistas de mercado).

Con el ingenio que le caracteriza se ocupa Bueno también de las izquierdas «extravagantes» (que se desenvuelven en los campos de la ciencia, la música,

el arte, etc.), «divagantes» (que se definen a través de ideas filosóficas, artísticas, ecológicas, etc.) y «fundamentalistas» (que consideran prioritario «educar en valores» (abolición de la pena capital, eutanasia, capacidad legal de adopción por parejas homosexuales, alimentos vegetales, defensa de la biodiversidad, agnosticismo teológico).

Por lo que se refiere específicamente a España, a juicio de Bueno, antes del siglo XIX no puede hablarse, al menos desde un punto de vista lógico, de izquierdas o de derechas. En el XIX una importante corriente de la izquierda en España se polarizaría hacia el federalismo. Durante el XIX y el XX, el anarquismo español fue de las corrientes de izquierda más importantes en el conjunto de Europa. La idea de izquierda política no toma carta de naturaleza hasta la Segunda República. En este periodo los parámetros se mantuvieron dentro de la idea de España republicana, como Estado-Nación, de signo tradicional. La conmoción de la Guerra Civil y sus efectos sobre la Idea de España se mantuvieron girando en torno al parámetro de Nación política, en este caso la Nación española.

La democracia del Estado de Derecho y del Bienestar –en opinión de Bueno– ecualiza a las izquierdas y a la derecha. La democracia ha desempeñado el papel de parámetro privilegiado que permite la convergencia, en un centro democrático, de las izquierdas entre sí y con la derecha. La ecualización democrática determina la evolución de las izquierdas definidas hacia una izquierda indefinida de carácter ético y agnóstico, orientada a la promoción de los «valores de izquierda». Ocurre que estos valores expresados en el terreno de la ética no son específicos de la izquierda; los comparte el centro y aun la derecha.

Los puntos donde las diferencias entre las izquierdas y la derecha pueden mantenerse son los que tienen que ver con las cuestiones de la estructura del Estado. La derecha o el centro –según nuestro autor– defienden ante todo la unidad territorial de la nación y sus símbolos; las izquierdas españolas –a juicio de Bueno–, tienden a reconstruir el Estado desde supuestos federalistas, interpretándolo como un Estado multinacional, siempre que los nacionalismos, –dice– no sean «excluyentes». Lo cual es, según Bueno, «estú-

pido» porque el pluralismo nacionalista no excluyente necesariamente excluye, de hecho y de derecho, la Idea de la Nación española.

Antes de concluir Bueno señala que la izquierda habrá ganado siempre una gran batalla ideológica: que la derecha se sienta incómoda, por motivos éticos, en su definición de clase expropiadora o propietaria. Ésta se presentará como una derecha que ha retrocedido hasta un centro que se considerará indistinguible del centro izquierda al que también habrá retrocedido la izquierda.

La izquierda –concluye Bueno– surgió hace doscientos años en Europa como un proceso de racionalización dirigido a la globalización del Género humano. Este proceso experimentó una inflexión y un repliegue decisivo con la caída de la Unión Soviética. En nuestro presente es imposible admitir que el proceso de racionalización de la Humanidad haya avanzado tanto y de modo armónico, como algunos optimistas quieren creer. Nadie sabe lo que va a ocurrir en el próximo milenio.

---

## El reto de la «construcción nacional»

JOSÉ MARÍA MARCO

Michael Ignatieff  
*El nuevo imperio americano*  
Paidós, Barcelona, 2003.

Mario Vargas Llosa  
*Diario de Irak*  
Aguilar, Madrid, 2003.

Fareed Zakaria  
*El futuro de la libertad*  
Taurus, Madrid, 2003.

De las ruinas del World Trade Center y del Pentágono podía haber surgido un mundo apocalíptico, más o menos como el que han descrito muchas películas de ciencia ficción. Frente a la barbarie, Occidente se podía haber retranqueado en una posición defensiva y haber comprado parcelas de seguridad precaria mediante el soborno o la tolerancia con Estados fallidos que por su parte habrían seguido armándose, armando bandas

terroristas y explotando o masacrando a su pueblo como hizo Sadam Hussein.

Gracias a la determinación de algunas personas, este mundo caótico no se ha materializado. En lugar de eso tenemos un mundo en conflicto, como no podía ser menos, pero en el que por fin parece haber empezado a imponerse la idea de que la mejor seguridad es la que se consigue mediante la implantación de democracias y Estados civilizados. La guerra global contra el terrorismo, la liberación de Irak y la presión sobre Estados como el libio corroboran con acciones concretas las declaraciones en este sentido de los líderes occidentales.

Los tres libros que comentamos aquí tratan, cada uno a su manera, de una de las consecuencias de este nuevo mundo que nos ha tocado inaugurar con el arranque del siglo XXI. Son tres comentarios sobre la tarea de «construcción nacional» que se han impuesto los países que no se han resignado al panorama apocalíptico que se esbozó después del 11 S. El término de «construcción nacional» merecería, dicho sea de paso, un comentario más extenso. Baste con decir por ahora que es la tarea de construir Estados modernos y civilizados, capaces de monopolizar el uso de la fuerza y de garantizar la seguridad y la libertad de sus ciudadanos. Para ello, no apuestan por instituciones internacionales o postnacionales, sino que se fundamentan en la lealtad histórica y sentimental que proporciona el sentimiento nacional.

El escritor y analista Michael Ignatieff, bien conocido por una biografía que le sacó todo el jugo posible a la vida de un intelectual en estado casi puro como fue Isaiah Berlin, publica bajo el título *El nuevo imperio americano* tres ensayos periodísticos flanqueados de dos trabajos más reflexivos y generales. Es un libro publicado justo antes de la Guerra de Irak. El primer reportaje, que trata de la reconstrucción del famoso puente de Mostar, va dedicado a las dificultades de imponer la diversidad como pauta de convivencia, un proyecto muy occidental que Occidente no siempre ha aplicado en su propio territorio, aunque Ignatieff, buen discípulo de Berlin, se abstiene de hacer demasiada sangre al respecto. El segundo, con un soberbio retrato de Bernard Kouchner en Kosovo, desgrana las contradicciones de una acción humanitaria que pretende aliviar el sufrimiento sin

tomar partido ni interponerse entre las fuerzas en litigio, en este caso dos fanatismos étnicos y religiosos. El tercero, inspirado en una visita a Afganistán tras el derrocamiento de los talibanes, pone de relieve los conflictos inherentes a la ocupación del país. Es una política imperial, porque utiliza la fuerza para asegurar las fronteras y porque la autoridad local está supeditada a la de las potencias ocupantes, pero muy reticente a asumir los costes inherentes a ese proyecto, y, ni que decir tiene, el nombre de tal.

Es interesante comprobar que el libro de Ignatieff, sin tratar de Irak ni de la posguerra iraquí, ofrece todo un argumentario a favor de la intervención militar en Irak y, sobre todo, a favor de que la coalición aliada se comprometa durante el tiempo que sea necesario en la construcción de un Estado serio, fiable y capaz de responder a las expectativas de los propios iraquíes. Como dice Ignatieff de los afganos, abandonar a los iraquíes a su suerte sería una traición, pero también una forma de suicidio. Es en este punto donde aparece la necesidad de un liderazgo fuerte, capaz de explicar a la opinión pública occidental las razones (altruistas e interesadas a la vez) de una acción para la que los regímenes democráticos parecen mal preparados.

En *Diario de Irak*, Mario Vargas Llosa ha recopilado una serie de artículos escritos durante una estancia en el país recién liberado de Sadam Hussein. Aparecieron publicados en el diario El País. Como el de Ignatieff, es un libro muy entretenido, con apuntes pintorescos, frescos y vivos de una realidad tan intensa como dramática. Como es natural, el propio autor adquiere en este caso categoría de protagonista. Pero no se debe sólo a la entidad del personaje, sino a la evolución que describe el Diario, desde la oposición primera a la intervención militar en Irak hasta la adhesión a la obra de construcción nacional realizada por las tropas y el personal de los países de la coalición.

El libro de Vargas Llosa es un excelente ejemplo de cómo el nuevo «imperialismo», por utilizar la expresión provocadora de Ignatieff, es capaz de conseguir la adhesión de las personas de buena voluntad. Su utilidad puede ser considerable. Bien es verdad que a pesar de que aparezcan en anexo los artículos correspondientes

—un gesto que honra al autor—, no se acaba de entender muy bien por qué Mario Vargas Llosa se opuso en su momento a la intervención en Irak.

Como en el libro de Ignatieff, hay en *Diario de Irak* algún excelente retrato, como el de Paul Bremer o el ensayo dedicado a Chirac. Por lo mismo es de lamentar que el maestro no dedicara algunas páginas a uno de los grandes protagonistas de este conflicto, a quien él conoce bien, además, como es José María Aznar. El resultado habría sido memorable.

Fareed Zakaria, que es periodista de profesión, no ejerce de tal en su libro *El futuro de la libertad*. Ha escrito un ensayo bien construido y ameno que aporta elementos novedosos a un debate muy antiguo, como es de la posible contradicción entre libertad y democracia. Aunque no va citado, se escucha en el texto de Zakaria el eco del Ortega de *La rebelión de las masas* —ya discutida por Daniel Bell en *Las contradicciones culturales del capitalismo*— y cuya influencia en el pensamiento conservador norteamericano valdría la pena estudiar.

Se nota que Zakaria es un periodista. Su exposición no es teórica ni abstrusa y la argumentación siempre se basa en ejemplos y en casos prácticos. Zakaria describe muy bien cómo las democracias en las que la ley no se respeta, y en las que por tanto no se respeta la libertad, acaban siendo muy poco democráticas. El ejemplo de la India, su país natal, resulta sumamente elocuente. Pero el problema no afecta sólo a los países emergentes o en vías de desarrollo, allí donde la implantación o la consolidación de la democracia liberal se enfrenta a dificultades difíciles de superar a causa del retraso económico, la endeblez de las instituciones o la rigidez de las estructuras sociales.

Zakaria insiste, en la parte final de su libro, en la degradación de la calidad de la democracia en los países desarrollados, sin excluir a Estados Unidos, donde él mismo reside. Algunos de los ejemplos que pone pueden resultar irritantes. Como muchas veces en esta discusión, parece que la libertad fuera cosa de las elites mientras que la democracia sería cosa del populacho.

Ahora bien, el elitismo de Zakaria es, como el de Ortega cuando no se pone demasiado snob, una cuestión esencialmente moral. Las elites, según esto, no son los privilegiados, sino los grupos que tienen un nivel de

autoexigencia lo bastante alto como para organizar su vida según un criterio moral, y no sólo en función de la satisfacción de sus propios deseos e intereses. La ventaja de las sociedades democráticas es que no excluyen a nadie de ese grupo. Su desventaja, el que pueden anegar en el igualitarismo lo que es el fundamento mismo de la libertad.

Esta reflexión, que late en el fondo de la argumentación del libro de Zakaria, le proporciona un sesgo muy atractivo. Su advertencia no va tanto dirigida a los países emergentes, en transición o en vías de desarrollo, como a las democracias maduras, aquellas a las que les corresponde liderar el proceso de consolidación de la democracia en el mundo, tal como lo analiza Ignatieff y lo preconiza Vargas Llosa. En otras palabras, también nuestros países necesitan una dosis importante de «nation building».

---

## La política exterior de Bush

RAFAEL L. BARDAJÍ

Ivo H. Daalder y James M. Lindsay  
*America Unbound. The Bush revolution in Foreign Policy*  
 Brookings Institution Press, Washington, 2003

¿Puede un presidente republicano, conservador y profundamente creyente, siendo además tejano, ser un revolucionario? ¿Y aun pudiendo, debería serlo? Esas son las dos cuestiones que motivan y centran el ensayo de Daalder y Lindsay, dos analistas bien conocidos de la Brookings Institution, un think-tank washingtoniano de corte liberal, muy prestigioso entre politólogos e internacionalistas de todo el mundo. Habiendo servido en la administración demócrata del presidente Clinton en el National Security Council, el principal órgano asesor presidencial en materia de seguridad exterior —y siendo ambos demócratas declarados— no cabía esperar grandes concesiones ni una gran piedad hacia la agenda política de George W. Bush.

Ambos autores, en cualquier caso, son dos buenos

profesionales y reconocen lo que para muchos de nosotros es una obviedad: que los planteamientos del presidente Bush hijo son revolucionarios, en diversos sentidos. Desde el punto de vista teórico de las relaciones internacionales, los países se dividen en dos tipos, aquellos partidarios de gestionar los problemas y mantener el status quo existente —las potencias conservadoras— y los que prefieren intentar resolver los problemas y promover una agenda de cambio global —las naciones revolucionarias—. En ese sentido, los Estados Unidos de George W. Bush son, indiscutiblemente, una potencia de cambio, anti-statuquista y, por tanto, revolucionaria. Pero también lo son desde el punto de vista de corte aparentemente radical con las orientaciones y acciones de anteriores administraciones. Bush hijo, de hecho, entronca directamente con Ronald Reagan, en un salto atrás en la historia que pasa por alto no ya solo a Bill Clinton, sino a su propio padre.

Daalder y Lindsay tienen el mérito de identificar con claridad y precisión, cualidades que se agradecen enormemente en todo el texto, las ideas clave de la visión de la estrategia de Bush hijo, desde su carrera presidencial hasta la guerra con Irak. Y reconocen sus elementos revolucionarios, aunque no les gusten. Los autores sostienen dos tesis complementarias en la primera mitad de su obra. A saber, que, en realidad, las propuestas de Bush, en sus objetivos, no son tan distintas de las del último Clinton, y que la diferencia esencial estriba en la concepción de cómo ejercer el poder de los Estados Unidos, menos afirmativo y más multilateral en Clinton, más hegemónico y unilateral en Bush; la segunda, que el 11-S no supone un antes y un después en el pensamiento de Bush, en su concepción del mundo, sino que sólo sirve de acelerador y catalizador de sus convicciones e ideas de siempre, esencialmente porque desde ese trágico día, George W. Bush no tendrá oposición alguna en el seno de su país. Liberado de los delicados equilibrios políticos, podría dar rienda suelta a sus ambiciones.

Para argumentar sus tesis, Daalder y Lindsay tienen que hacer frente al hecho incontestable de que antes de llegar a la Casa Blanca e incluso en los primeros ocho meses de su carrera presidencial, justo hasta el 11 de septiembre de 2001, George W. Bush hablase y se com-

portara como un realista pragmático, a imagen y semejanza de su propio padre, un kissingeriano más. De hecho, si hiciéramos memoria en este lado del Atlántico, el primer miedo a Bush vino por su aparente tentación de reducir su presencia en el mundo, empezando por los Balcanes. El temor europeo era contar con menos América, no con más como ahora. Los autores reconocen esta orientación inicial, pero no la explican, se limitan a describirla con riqueza de detalles. Lo que sí se atreven a sugerir de manera oblicua es que el Bush que hoy conocemos, aunque no se expresase en sus primeros meses como presidente, podía intuirse o esperarse a tenor de las personas de las que se había rodeado y que ellos adscriben mayoritariamente a la corriente de pensamiento de los hegemónistas, imperialistas democráticos, hard wilsonian o, simplemente neoconservadores. De hecho, el segundo capítulo del libro está dedicado por completo a repasar la biografía de quienes acompañaron a Bush en su marcha hacia la Casa Blanca, Cheney, Rice, Perle, Wolfowitz, Armitage, Blacwill, Hadley, Zaheim y Zoellick, los llamados Vulcans por el pueblecito de nacimiento de Condoleezza Rice, y a quienes los autores atribuyen gran parte de la agenda imperial norteamericana.

No obstante, ambos autores admiten que Bush hijo es un hombre de grandes y firmes convicciones y creencias, pero en su secreto deseo, posiblemente motivado por la distancia política, de restarle importancia a la persona del actual presidente americano, no queda claro cuáles son esas ideas propias de Bush y cuáles serían impuestas por sus asesores más cercanos. Y, sin embargo, a lo largo del libro queda manifiesto que Bush no es un agente inocuo en la definición del rumbo de su país, sólo que Daalder y Lindsay se sienten demasiado tentados de otorgarle el mérito de todo lo malo y nada de lo bueno. De ahí que buceen en el pasado de Perle y Wolfowitz, dos veteranos del Pentágono y conspicuos defensores del papel de líder hegemónico de los Estados Unidos.

La situación creada por los atentados del 11-S y la lucha contra el terrorismo de alcance global habría facilitado una mayor influencia si cabe de estas personas en la agenda norteamericana. El porqué y el cómo no queda claro en la presente obra, tal vez porque las teorías conspiratorias que culpan a una «cábala» de unos pocos neo-

conservadores que fueron capaces de «secuestrar» el ideario de Bush son difícilmente sostenibles, al menos si se cuenta con el rigor que muestran en este caso los dos autores. A pesar de todo, Daalder y Lindsay creen que el 11-S sirvió para condensar y poner en práctica el cuerpo teórico del grupo de los Vulcans. A saber: que vivimos en un mundo peligroso donde el poder, esencialmente en su dimensión militar, cuenta y cuenta mucho; que el poder, en cualquier caso, no está sólo ligado a las capacidades, sino a la voluntad de ejercerlo, como carácter demostrativo y también preventivamente, porque frente al terrorismo y la armas de destrucción masiva la inacción es la peor opción; que para defender la seguridad de Norteamérica y sus aliados, la acción unilateral, si falla la multilateral, está plenamente justificada. Es más, en su extremo, lo importante en el entorno estratégico actual no son las alianzas permanentes, sino la unión flexible y temporal de los países afines; por último, el carácter especial, único, de los Estados Unidos en el mundo, de su potencia moral y de su capacidad y obligación para hacer el bien, incluso cuando eso exige el cambio de régimen en terceros países no democráticos, despóticos y que representan una grave amenaza para sus poblaciones y la seguridad internacional.

Daalder y Lindsay invierten buena parte de sus energías, lo que queda patente en las páginas del libro, en describir eso que se ha llamado «doctrina Bush» y que suele resumirse en la caricatura de las frases del «eje del mal» y «ataques preventivos». Y también ha explicar la crisis de Irak en el contexto de ese conjunto de ideas. Casi la mitad del libro se va en ello. En tanto que buen recordatorio de las polémicas de los últimos 15 meses, se agradece la codificación y el detalle cronológico.

Donde fallan —y paradójicamente también aciertan— es en explicar el rumbo que ha seguido Bush tras la guerra en Irak. Por un lado, se muestran contrarios a la tesis de que Bush iba a volverse más moderado y «realista» tras las dificultades experimentadas en la ocupación del Irak post-Saddam. Ellos creen que la política internacional de Bush se asienta en una revolución profunda, contruida sobre sus principios radicales y estos principios no se han visto tambalear todavía. De echo, los autores no podían saberlo al concluir su libro antes de que ocurriera, pero Bush pronunciaría un discurso programático

en el National Endowment for Democracy el pasado noviembre, donde explicitaría lo que podríamos llamar «la segunda doctrina Bush», esto es, la constatación de que sólo las democracias pueden traernos un mundo estable y en paz y que hay que comprometerse decididamente con la exportación de la misma a lo largo y ancho del globo, incluso, llegado el caso, por la fuerza, como en Irak. En que Bush no va a cambiar, acertaron, por tanto. Donde fallan es en explicar por qué una persona como George W. Bush, al que le conceden principios y valores, pero le roban toda iniciativa y liderazgo, no sólo sigue adelante y plenamente convencido de la necesidad de unos Estados Unidos líderes del mundo, sino que se llega a plantear una cruzada imperial contra el mal, la corrupción y el despotismo de alcance global.

Daalder y Lindsay concluyen con un capítulo titulado «los peligros del poder» que, posiblemente, sea lo más flojo de su obra. Ya no hacen una descripción crítica, sino que se adentran en la exposición de sus propias ideas como crítica a las de la actual administración. Pero su anterior empeño de ligar muchas de las decisiones de Bush a las tomadas por Clinton durante sus últimos años, resta buena parte de credibilidad a sus juicios. Si Bill Clinton ya fue el primero en recurrir a la acción preventiva, en actuar unilateralmente y en comenzar la guerra con Bin Laden, como aseguran los autores, el problema de Bush es una cuestión de grado o de escala, no de concepto. De hecho, el problema de Bush, para ambos autores, es una cuestión de estilo, de cómo ejercer el poder sin resultar arrogante. Así y todo, la única crítica con fundamento que logran hacerle a Bush es no haber mejorado la imagen de América en el mundo. Y si bien es verdad que las percepciones y la mala imagen pueden hacer mucho daño, la realidad del terrorismo resulta letal y en ese sentido, lo que ha hecho Bush es tomar una elección, primando la acción sobre la imagen.

El libro, por tanto, no es un recorrido inocente sobre la política exterior y de seguridad norteamericana actual. Conociendo a los autores era poco probable que lo fuera. Pero es un buen intento de «reconstruir» la doctrina Bush para intentar derribarla. Los analistas de la Brookings, en esta ocasión, han sabido hacer mejor lo primero que lo segundo, aunque eso choque con sus propósitos críticos. Pero nada es perfecto, como sabemos.

## El derecho y la guerra

RAFAEL ALVIRA

Alfredo Cruz Prados

*La razón de la fuerza. Concepto y justicia de la guerra*  
Pearson Prentice Hall, Madrid, 2003

Entre sus muchas virtudes, este nuevo libro –recién aparecido en las librerías– de Alfredo Cruz, tiene la de ser particularmente oportuno, justo por no haber buscado serlo. Hoy día, ante cualquier acontecimiento, la reacción crítica –sea favorable o desfavorable– es casi inmediata. Se opina a veces con rotundidad, otras con esa forma de escepticismo dogmático tan frecuente, y otras con cierta ligereza. Al fin y al cabo, se opina. La premura de tiempo no deja espacio al estudio, que es ejercicio de lento saboreo.

Desde hace años Alfredo Cruz Prados –cuya aportación a la Filosofía Política en España no se puede ya desconocer– ha trabajado y madurado esta obra, que ahora aparece en coincidencia con cercanas guerras, generadoras una vez más de múltiples debates acerca de la justificación de ese hecho desgraciadamente constante en la historia de la humanidad. Lo que sostiene, respecto de ella, Cruz Prados es que la verdadera y apremiante tarea de la reflexión ética no consiste en declarar precipitada e idealistamente su abolición, en condenarla absoluta y universalmente, negando de raíz que la guerra pueda contener algún tipo de racionalidad. Esa tarea consiste en buscar, en primer lugar, su posible racionalización, pues de una acertada racionalización de la guerra será de donde podamos extraer los criterios, las razones que puedan orientar correctamente nuestras decisiones sobre ella.

La guerra no es un fenómeno mecánico o cuasinnatural; es acción humana, y, por lo tanto, su racionalización ha de ser una racionalización práctica: un pensamiento que nos oriente respecto de la guerra como posible acción nuestra, que verse sobre la guerra como auténtico problema práctico: como materia de nuestra decisión. Esta racionalización ha de albergar las dos

razones –en el sentido de ratio, medida– que el agente necesita tener respecto de cualquier acción: la medida de su justificación y la medida de su definición. En el caso de la guerra, estas dos medidas corresponden a lo que tradicionalmente se ha llamado/ *ius ad bellum*/ y *ius in bello*/: el primero determina qué justifica el recurso a la guerra, y el segundo determina qué es lícito hacer como guerra, es decir, qué acciones concretas forman parte de esa acción general que llamamos guerra. El *ius in bello*/ constituye, pues, la definición práctica de la guerra, la delimitación de en qué consiste, en la práctica, la guerra. El *ius in bello*/ tiene prioridad respecto del *ius ad bellum*/ en un doble sentido. Primero, en cuanto que el establecimiento de las condiciones que justifican el recurso a la guerra, ha de estar precedido por la definición práctica de la guerra: por la delimitación de la acción que es justificada por esas condiciones. Y, en segundo lugar, porque la validez del *ius in bello*/, el atenuamiento de la práctica de la guerra a los límites de su definición, constituye el «mínimo intencional» del derecho de la guerra, de la racionalización práctica de ésta.

El derecho de la guerra, aunque reclama la entera justicia de ésta, tiene como objetivo básico y primordial que, en cualquier caso, la guerra sea, al menos, verdadera guerra: guerra delimitada y reconocible como tal, y no masacre, carnicería o exterminio. Para que el conjunto del *ius belli*/ tenga sentido, es esencial la idea de que el cumplimiento de los requisitos del *ius ad bellum*/, sólo da derecho a llevar a cabo lo que es *bellum*/, es decir, aquella acción que viene definida por el *ius in bello*/. Esta priorización del *ius in bello*/ puede ser reconocida claramente en la tradición del *ius belli*/ occidental. A lo largo de la historia, el derecho de la guerra, su elaboración y vigencia, ha sido posible siempre que ha existido, entre los mismos beligerantes, un plano de comunidad, una forma de ecumene que no quedaba anulada por el mismo conflicto bélico. Este marco común servía para limitar el antagonismo entre los beligerantes, y hacía posible que, a pesar de la hostilidad, los adversarios se reconocieran mutuamente. Es decir, no existía una absoluta enajenación entre los contendientes: el enemigo no quedaba «anatematizado». La presencia de ese fondo común permitía entender que la destrucción del enemigo, más

allá de cierto límite, equivalía a una forma de auto-destrucción. Son estas condiciones las que hacían posible, y exigible, que la guerra estuviera sometida a las medidas del *ius belli*, y, primordialmente, a las limitaciones del *ius in bello*/. Pero esta tradición ha sido suspendida en el siglo XX, cuando la guerra ha sido criminalizada y el responsable de su inicio ha quedado convertido en enemigo de la humanidad.

El recurso a la guerra, por parte de un Estado particular, ha sido convertido en un crimen porque el orden internacional ha sido concebido por analogía con el orden estatal. Dentro de cada Estado, el recurso a la fuerza por parte de un ciudadano particular siempre es un crimen, excepto en el caso de legítima defensa. En el ámbito internacional, la justicia de la guerra ha quedado reconducida también al esquema «agresión-legítima defensa». Este nuevo tratamiento de la guerra adolece de numerosas deficiencias, tanto teóricas como prácticas. Desde su adopción, las guerras no han sido menos numerosas que antes y, además, han alcanzado un grado de inhumanidad desconocido hasta entonces.

Mientras la guerra siga siendo posible, es necesario articular otra forma de racionalizarla: una forma que no «satanice» al enemigo, sino que vuelva a hacer posible el mutuo reconocimiento de los beligerantes. Para esto, esa racionalización ha de estar apoyada en la presencia de una realidad común que pervive a pesar del enfrentamiento bélico, y que refuerza la conciencia de que es necesario mantener la guerra dentro de los límites del *ius in bello*/, como objetivo prioritario y apremiante del derecho de la guerra. Este derecho tiene sentido si la vigencia del *ius in bello*/ es independiente de la justicia de la guerra según el *ius ad bellum*/. El contenido del *ius in bello*/ se articula sobre la base de cuatro elementos fundamentales: el principio de proporcionalidad, la distinción militar-civil, el principio de reciprocidad, y la exclusión de la rendición incondicional.

El libro está escrito de forma amena y en excelente castellano, no se pierde en disquisiciones de menor valor y tiene una extensión moderada. Añade además una excelente selección de textos históricos acerca de la guerra. Por todo ello, reúne la condición de ser rigurosamente científico y, a la vez, apto para un amplio público culto.